

ETICA Y RELIGION EN EL «GRAN INQUISIDOR» DE DOSTOIESKI

Carmen Segura. San Sebastián.

El argumento del Poema que Iván Karamazof narra a su hermano Aliosha, es de todos conocido: Jesucristo vino a la tierra con un mensaje de libertad, pero al cabo de quince siglos de ausencia, surgieron falsas doctrinas y los hombres se entregaron en manos del error y del pecado, aunque seguían amando dulcemente a Jesús. El conoce el desgarramiento de su dolor y decide bajar a la tierra para consolarlos. Su descenso tiene lugar en Sevilla, un día después de que el Santo Oficio haya quemado a cien herejes. Pasa por las calles discretamente, pero todos le reconocen y le siguen mientras va obrando curaciones. En el momento de resucitar a una niña llega el Gran Inquisidor que inmediatamente ordena su encarcelamiento. El pueblo, estremecido, se inclina profundamente a su paso.

Por la noche, solo, el gran inquisidor visita a su Prisionero. Y allí en la oscuridad del calabozo, mientras que Jesús le escucha mansamente, mirándole con sus ojos de infinita dulzura, el viejo inquisidor, por vez primera, dice «en voz alta lo que durante sus noventa años ha callado»¹:

El, Jesucristo, vino a la tierra trayendo un mensaje de libertad y amor, que no estaba hecho para los hombres débiles y miserables. Pero, afortunadamente, entregó a sus sucesores —a la Iglesia—, el poder de atar y desatar; gracias a él, ellos podrían rectificar su obra.

Puesto que los hombres no soportan el peso de su libertad, y son, por tanto, incapaces de elegir el bien y el mal, es preciso someterlos para lograr su felicidad. Los hombres fuertes, pocos —como el propio inquisidor—, trabajarán para asumir plenamente el poder humano y espiritual y, aunque a sabiendas han apostatado, exigirán el cumplimiento de la ley por ellos creada en nombre de Jesucristo. Solamente ellos sabrán que se han aliado con el maligno, que se han montado sobre la gran bestia², para dar a los hombres el pan y tranquilizarles con el sueño del Paraíso y la inmortalidad.

En un momento del discurso el viejo inquisidor asegura a su Prisionero que el día siguiente será quemado en la hoguera. Pero al final de su monólogo —que no es más que una autojustificación—, cuando espera una palabra suya, «algo, aunque fuese amargo y terrible»³. Jesús no dice nada. De pronto se le acerca y «de

besa dulcemente los exangües labios nonagenarios»⁴. Entonces el gran inquisidor le hace salir en plena noche, ordenándole no volver jamás⁵.

Todo lleva a pensar que Iván –autor del Poema– trata de hacer, como indica acertadamente Guardini, «la defensa de la Causa de Cristo contra su más peligroso antagonista, que no es empero la simple incredulidad o ateísmo, sino el clericalismo, entendiéndose por tal la transformación de la auténtica relación de Dios con los hombres en un sistema de fórmulas, prácticas, y garantías de salvación (...). Expresión de todo ello sería la Iglesia Católica»⁶.

Vistas así las cosas el poema no sería sino una crítica amarga y esperpéntica de la Iglesia. Sin embargo, no se trata de esto. Si el poema tiene su sentido en el conjunto de *Los Hermanos Karamanzorf*, es porque la leyenda «representa la autorevelación de Ivan y la explicación de la relación en que se encuentra con Dios, en cuanto él procura justificarse a sí mismo»⁷.

En efecto, hablando del sufrimiento humano Iván afirma que nadie tiene derecho a perdonar a quien ha maltratado a un inocente⁸. Aliosha replica que ha olvidado a Jesucristo, él puede perdonar y tiene derecho a hacerlo, porque derramó por todos su sangre inmaculada. Iván se sonríe irónicamente y para contestar a esta objeción decide relatar el poema del Gran Inquisidor. Cuando termina, Aliosha se sorprende –«Tu poema es una alabanza a Jesús y no una afrenta como tú querías». Pero Iván sabe muy bien lo que ha hecho y dicho. Y así, poco después, gracias a alguna explicación más, Aliosha se da cuenta de la auténtica postura de su hermano. Por eso al terminar definitivamente el relato mantienen la siguiente conversación:

Aliosha –«¿Y el viejo?»

Iván –«El beso le quemó el corazón, pero el viejo persiste en su idea».

Aliosha –«¿Y tú con él? ¿también tú? (...) Iván se rió»¹⁰.

Así pues Iván está de parte del gran inquisidor a quien a pesar de todas las apariencias, considera como un héroe, absolutamente inocente y abnegado. –Por el contrario, y también a pesar de las apariencias. Iván se enfrenta a Cristo, a quien considera culpable de haber colmado, inútilmente, la angustia y el sufrimiento de la humanidad. De este modo, quizá sorprendentemente al principio, religión y moral aparecen como dos realidades diferentes e incompatibles; irreductibles la una a la otra: Jesús es la religión pura, el amor ingenuo e infundado al hombre. El gran inquisidor es la moral más elemental, el amor realista a una humanidad débil y miserable.

Cristo es culpable por tres motivos. En primer lugar porque llega «con cierta promesa de libertad que los hombres (...) no pueden ni siquiera concebir, y que además, temen con pavor, pues para el hombre y la sociedad humana no existe ni ha existido nunca nada más insoportable que la libertad»¹¹. Es efectivamente una pesada carga, que llega a angustiarse, al menos, a la mayoría de los hombres, miserables y viles. Por eso el don de Jesucristo aparece como algo «espantoso».

Enseguida el reproche hecho por el inquisidor nos muestra el 2º motivo de culpa de Jesús: «En vez de apoderarte de la libertad humana, la multiplicaste, y gravaste así, con los tormentos que provoca, el reino anímico de los hombres por

los siglos de los siglos»¹². De modo que en lugar de traer paz y descanso, parece que Cristo trajo la angustia que produce la libertad irrestricta. El permitió, es más, potenció, el sentimiento de desorientación y desarraigo, pues impidió que el hombre supiera a quién habría de rendir su obediencia: Si cuando el demonio le tentó en el desierto para que convirtiese las piedras en panes, Jesús hubiera caído, habría «respondido a la angustia universal y eterna de la humanidad, tanto considerada en sus individuos, como tomada en su conjunto, a saber «¿Ante quién inclinarnos?»¹³. Porque al ver a la mano bienhechora que, mediante un milagro, simultáneamente mostraba su poder y los alimentaba, inmediatamente habrían reconocido en El a su Señor. Y por lo tanto habrían quedado definitivamente arraigados: así alcanzarían la única felicidad de que ellos son capaces. La que el gran inquisidor intentará proporcionarles: «¿Comprenderán muy bien, demasiado bien, lo que significa subordinarse de una vez para siempre! Mientras no lo comprendan los hombres no serán felices. Dime, ¿quién ha contribuido más que nadie a esta incomprensión? ¿Quién ha dividido el rebaño y lo ha dispersado por caminos ignotos?. Pero el rebaño volverá a reunirse y a someterse de una vez por siempre»¹⁴.

Con expresión terrible el gran inquisidor acusa a Jesús de haber dispersado el rebaño, aludiendo a la parábola evangélica¹⁵; pero él rectificará su obra y concederá al hombre la única felicidad posible: la de la sumisión¹⁶.

En tercer lugar el gran inquisidor reprueba a Cristo que haya venido, en realidad, sólo para los más fuertes, pues tenía del hombre un concepto demasiado elevado. «Anhelabas un amor libre (...) Pero también en este caso juzgaste de los hombres con excesiva altura pues son esclavos, aun habiendo sido creados rebeldes (...) Te lo juro ¡el hombre ha sido creado más débil y bajo de lo que tú te imaginabas! ¿Acaso puede cumplir él lo que tú?»¹⁷. No, desde luego, la gran mayoría; tan solo unos pocos pueden llegar a cubrir todas las exigencias de la doctrina de Jesucristo. Pero «¿Qué culpa tiene el alma débil, sin fuerzas suficientes para dar cabida en sí a dones tan espantosos? ¿o es que, en verdad, viniste sólo a los elegidos y para los elegidos»¹⁸.

Así las cosas, el gran inquisidor, «herido de amor a la humanidad», intentará con una notable dosis de heroísmo y abnegación, *rectificar «su» obra*, aunque para ello tenga que renegar de su fe, abandonar la lucha por la perfección, pactar con el espíritu de la mentira, convivir con hombres viles y miserables y soportar la existencia sumida en la más profunda desesperación. Sóloamente así se podrá conseguir la felicidad de los débiles: «Habrán miles de millones de criaturas felices y cien mil mártires que tomarán sobre sí la maldición de conocer el bien y el mal»¹⁹, sabiendo, naturalmente, que eligen el mal²⁰.

Sin embargo, el amor que el gran inquisidor declara tener a la humanidad no es transparente: sus fines no son nobles, tampoco lo son sus medios, y en definitiva, subyacente a todas sus intenciones, no hay otra cosa que Voluntad de Poder. En efecto, lo único real, que apecece con nitidez, tanto en Iván como en el gran inquisidor, es la fuerza de la voluntad. En el primero entendida, sin más, como voluntad de vivir; en el segundo, concretada ya como voluntad de poder.— Las resonancias nietzscheanas son ya patentes. Cuando Iván comienza a hablar con Aliosha en la taberna afirma: «aún si perdiera la fe en la vida, en la mujer amada y en el orden de las cosas, aun si me convenciera de que todo es un caos maldito y, quizá, satánico, aunque me fulminaran todos los horrores de la desilusión, desearía vivir, ¡puestos los labios en esta copa ya no los quitare hasta apurarla (...) A este afán de vivir algunos moralistas, mentecatos y tísicos, sobre todo poetas, lo

califican a menudo de vil»²¹. El texto es todavía más largo y expresivo, pero por fuerza se ha de recortar, Iván –como después lo hará Nietzsche– desea afirmar con alegría la existencia, aunque se muestre absurda y sin sentido–. Y desea hacerlo además sin ningún respeto a la moral convencional, entre otros motivos, porque sólo desde la «inmoralidad» es posible afirmar la existencia si se la considera así. Por eso, cuando al terminar completamente la exposición de su poema, Aliosha pregunta a Iván cómo va a poder vivir con ese infierno en el pecho, éste responde: «Hay en mí una fuerza que todo lo resiste» Y Aliosha continúa: «O sea, hundirse en el vicio, ahogar el alma en la depravación»²².

Así pues aparecen aquí dos constantes nietzscheanas: la afirmación de la existencia y la supresión de la moral. Y ambos factores están también presentes en el gran inquisidor. Desde luego, la «voluntad de poder» es patente a lo largo del relato, aunque velada subrepticamente, so capa de humanidad. Pero hay un lugar donde se pone particularmente de manifiesto. Cuando el gran inquisidor decide revelar su secreto: «Nosotros no estamos contigo, sino *con él* ¡éste es nuestro secreto! (...) Aceptamos de él Roma y la espada del César y nos declaramos reyes de la tierra, reyes únicos (...) Porque, ¿quién va a dominar a las gentes, sino aquéllos que dominen las conciencias de los hombres y tengan el pan en sus manos?»²³. Su afán de dominio es total, llega hasta el alma. Su particular exégesis del fragmento del *Apocalipsis* en el que surge la Gran Bestia no puede ser más elocuente²⁴.

Esto es pues el fondo de la cuestión. No sería muy descaminado afirmar que el gran inquisidor es una aceptable encarnación de la voluntad de poder, a lo que todo queda sujeto. Más aún, teniendo en cuenta que, momentos antes de narrar su poema, Iván ha negado taxativamente la posibilidad de amor a la humanidad: «Nunca he podido comprender cómo es posible amar al prójimo. Es precisamente a nuestro prójimo a quien es imposible amar (...) de manera abstracta, aún es posible amar al prójimo, incluso cabe amarle de lejos; pero de cerca casi nunca»²⁵. De este modo Iván está negando *a priori* la sinceridad de la conducta del gran inquisidor, única justificación posible para su actuación.

Más, aún así, hemos de preguntarnos ¿cómo es posible que Jesús aparezca como culpable? ¿Cómo es posible que su enseñanza pueda ser considerada como pernicioso para la humanidad? La respuesta es compleja. En primer lugar, aunque no sea posible detenernos a explicarlo, porque ni Cristo ni el inquisidor son personajes reales²⁶. Y en segundo lugar, por la particular concepción del hombre y la libertad que se muestra en la leyenda.

En varias ocasiones el viejo inquisidor describe a los hombres como «débiles, viciosos, mezquinos y rebeldes»²⁷ y afirma que el género humano es «eternamente depravado y eternamente ingrato»²⁸. Pero no se trata tan sólo de afirmaciones parciales: A lo largo de todo el poema se manifiesta que el hombre es malo y vil y que, al igual que el mundo, está corrompido, de tal modo que su redención se hace imposible. Ahora bien esto responde a una visión protestante, pero no desde luego, a una visión católica, e incluso ortodoxa, de la Redención obrada por Cristo.

En su concepción del hombre Dostoieski está mediatizado por su propio extremismo, pues, a pesar de lo anteriormente dicho, muestra también dimensiones de auténtica grandeza en el ser humano: «El hombre no puede vivir si desconoce el *fin*, el *porqué* de su existencia»²⁹, y casi simultáneamente afirma que: «para el hombre no hay preocupación más constante y atormentadora que la de buscar,

cuanto antes, siendo libres, ante quien inclinarse»³⁰. O lo que es lo mismo: el hombre desea entregar su propia libertad. Ahora bien, tal como Iván lo presenta, este deseo no es tanto una «respuesta debida», cuanto una necesidad humana. Por eso, entre otras razones, afirma que «si no existiera Dios habría que inventarlo»³¹. El es el sentido de la vida: el «para qué» de la existencia humana. Por El el hombre vive y lucha y muere, Y aquí radica la contradicción y el «misterio» de la condición humana. El hombre es un ser a la vez despreciable e inmenso, puesto que es capaz de «arrojar el pan», por seguir a aquel que le ha seducido el alma», aunque esto le acarree la muerte³². Y así, la propensión natural, necesaria, del hombre a inclinarse, se sublima. Se inclina porque necesita hacer una ofrenda incondicionada de su alma. «Sin una firme idea del para qué de su vida, el hombre no querrá vivir, y preferirá matarse a vivir en la tierra, aunque en torno suyo todo sean panes»³³. En este momento, cuando Dostoieski descubre la auténtica dignidad del hombre, entra en contradicción consigo mismo. Si el hombre necesita un fin, no se puede afirmar sin más la existencia, y además, no es simplemente un ser que se arrastra pidiendo pan. Es un ser que conoce y que ama; que vive y se entrega por algún motivo, y que por lo tanto no está perdido, ni anulado de raíz, puesto que es capaz de morir por algo. No es Cristo quien desconoce lo que hay en el hombre. En este caso son Iván y el gran inquisidor quienes lo ignoran, pues no aciertan a ensamblar las aparentes contradicciones que lo caracterizan.

Mas para acabarlo de comprender hay que estudiar lo que el autor de la leyenda del inquisidor entiende por libertad: Quizá aquí se encuentre la explicación última de la peculiar visión que Dostoieski tiene de la Religión, la Iglesia y en definitiva de las relaciones del hombre con su Dios.

En el Poema hay un texto, al que ya se ha aludido, en el que se condensa brevemente todo el pensamiento de su autor sobre esta cuestión: «Tú quieres ir al mundo y vas con las manos vacías, con cierta promesa de libertad que los hombres, por su simplicidad y su *depravada* naturaleza, no pueden ni siquiera concebir, y que, además, temen con pavor, pues para el hombre y la sociedad humana no existe ni ha existido nunca nada más insoportable que la libertad ¿ves estas piedras del desierto árido y tórrido? Conviértelas en panes y detrás de tí correrá la humanidad como un rebaño, agradecidísimo y sumiso (...) Pero tú no quisiste privar al hombre de libertad y rechazaste la proposición, pues ¿cómo puede hablarse de libertad, razonaste tú, si la obediencia se compra con pan?»³⁴.

Es cierto que Jesucristo vino a la tierra para devolver al hombre la libertad, pero, ¿qué es la libertad? ¿es acaso el valor supremo, un absoluto incondicionado? Desde luego, así parece que lo entiende Iván, pero ¿es esto lo correcto? Quizá toda la leyenda del gran inquisidor llegase a aparecer como lo que es si pudiésemos llegar a definir los límites exactos de la libertad. Mientras que Jesús la concibe como su Padre-Dios; el gran inquisidor la concibe como el Padre de la Mentira. Para Jesús la libertad consiste en el conocimiento y la aceptación de la verdad: «la verdad os hará libres». Para el inquisidor la libertad consiste en la determinación y conocimiento del Bien y del Mal. Mientras que, según la religión cristiana lo que nos asemeja a Dios es el conocimiento y la aceptación de la Revelación; según Iván, lo que nos asemeja a Dios es el conocimiento del Bien y el Mal. Los adultos —afirma Iván— «han comido la manzana y han entrado en conocimiento del bien y del mal, y se han hecho «semejantes a Dios»³⁵. Y esto es exactamente lo que asegura la serpiente a Adán y Eva en el Paraíso: «El día que de él (del árbol

prohibido) comáis, se os abrirán los ojos y seréis como Dios, (semejantes a El), concedores del bien y del mal³⁶. Nuestros primeros padres creyeron en la promesa y comieron, e inmediatamente se dieron cuenta de que estaban desnudos³⁷: Es decir, por primera vez se avergonzaron de sí mismos, y en modo alguno se hallaron semejantes a Yahvé, sino mucho más distintos que antes de la caída. Así pues, la libertad humana no puede consistir en el conocimiento del bien y del mal, pues el hombre sólo sería libre a consta de su propio pecado, es decir, de la negación de Dios, y por tanto, de su propia negación. Y sin embargo, Iván considera la libertad precisamente así. El gran inquisidor por ejemplo, pregunta a Jesús en un momento determinado: ¿Acaso has olvidado que la tranquilidad y hasta la muerte son más caros al hombre que *la libre elección en el conocimiento del bien y del mal*?³⁸.

Pero ¿puede pensar Jesús que la libertad que El ha venido a traer a la tierra consiste precisamente en eso?. No. Quizá por eso, Cristo calla. No responde nada porque todo el discurso del gran inquisidor es una falsedad. Pero volvamos al punto donde nos habíamos quedado ¿En qué consiste para Jesús la semejanza con Dios? Lo dice claramente Yahvé: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza»³⁹. Es decir, hagamos a un ser capaz de conocer y amar, hagamos a una persona, o lo que es lo mismo, a un ser en relación. Y en primer lugar, a un ser en relación con Dios: En esto consiste la religión. Dios crea al hombre para conversar con él. Por eso es perfectamente coherente que paulatinamente se le vaya revelando y que simultáneamente, vaya revelando al hombre el propio hombre⁴⁰. Peor si esto es así, entonces la libertad no es el valor supremo; hay otro anterior; la verdad acerca de Dios. Por eso la semejanza con Dios consiste en conocerlo y amarlo, como El también se conoce y se ama; pero no en determinar el bien y el mal, pues eso es algo que sólo a Dios toca.

Por tanto el gran inquisidor lanza contra Jesús una falsa acusación, fruto de su propio pensamiento. En primer lugar porque Jesús conoce la miseria y la debilidad humana. Y en segundo lugar, porque Jesús no otorga al hombre una angustiada libertad incondicionada. A este respecto es bien significativa su afirmación «la verdad os hará libres»⁴¹. Esto es exactamente lo contrario de lo que supone el gran inquisidor que propugna Jesús: la libertad os hará determinar lo bueno y lo malo, lo verdadero y lo falso. Pero lo cierto es que la elección no afecta al conocimiento pues éste es previo a aquélla.

En síntesis: Iván pretende justificar su inmoralidad mostrándola como una consecuencia de su amor a la humanidad. Mas para que aquella sea una consecuencia de este amor, es preciso declarar el mundo absurdo, negar el sentido a la existencia humana, y afirmar que el hombre es un ser corrompido, vil y miserable. La concepción de la libertad como un peso insufrible –tan propia del existencialismo –viene a reforzar esta tesis, pues habría que engañar al hombre para que alcanzase algo de felicidad en esta vida. Y por tanto hay que reducir la religión a un conjunto de preceptos y normas morales para que el hombre se sepa «a buen recaudo». Mas nada de todo esto es necesario cuando se reconoce la dimensión real de las cosas. En ese caso, el gran inquisidor es condenado y Jesús declarado inmaculado. Pero entonces no hay explicación posible para el ateísmo y la inmoralidad de Iván.

NOTAS

¹ DOSTOIESKI, *Los Hermanos Karamazov*, Cátedra, Madrid, 1987. Trad. Augusto VIDAL, p. 405.

² Cfr.: *Apocalipsis*, 13, 1-18. Parece que San Juan Evangelista identifica la Bestia con Roma, de la cual

se servía el Dragón – el espíritu del no-ser, el diablo–, para hacer que los hombres le adoren, apartándose así de Dios.

³ DOSTOIESKI, *Op. Cit.*, p.421.

⁴ *Ibidem.*

⁵ Cfr.: *Ibidem*, pp. 401-421.

⁶ GUARDINI, Romano, *El Universo Religioso de Dostoieski*, EMECE, S.A. Buenos Aires, 1958, 2ª ed., Trad. Alberto Luis BIXIO, p. 127.

⁷ GUARDINI, *Op. Cit.*, pp. 129-130.

⁸ Cfr. DOSTOIESKI, *Op. Cit.* pp. 397-398.

⁹ *Ibidem*, p.418.

¹⁰ *Ibidem*, p. 421.

¹¹ *Ibidem*, pp. 407-408.

¹² *Ibidem*, pp. 410-411.

¹³ DOSTOIESKI, *Op. Cit.* p. 409.

¹⁴ Cfr. *Ibidem*, 408. La determinación del pecado, constituye en este contexto, una muestra más de autoridad. A este respecto Cfr. también NIETZSCHE, *El Anticristo*, Aguilar, Buenos Aires, 1962 5ª ed., tomo IV nº 26, pag. 475.

¹⁵ DOSTOIESKI, *Op. Cit.* 416 Cfr.: *Iván*, 10, 1-16.

¹⁶ La descripción que hace a continuación de cómo será la sociedad por él proyectada, recuerda, al menos en parte la expresión de Schopenhauer, «al pueblo, pan y circo». Lo mismo afirma el gran inquisidor: pan, para someterlo, y trabajo duro; después, diversiones ingenuas, que les hagan olvidar la realidad; que distraigan a los hombres.

¹⁷ DOSTOIESKI, *Op. Cit.* p. 412.

Sorprende el modo en que el gran inquisidor habla con Jesucristo. Parece ignorar que por ser Dios, es el Creador de todas las cosas, y que, por tanto, conoce perfectamente al hombre, y parece ignorar también que, por ser el Verbo todo fue creado por El, y en El, y que «sin El nada se hizo de cuanto ha sido hecho», *Iván* 1, 3.

Es esto lo que hace decir a Guardini, que el interlocutor del gran inquisidor, no es Cristo, pues en ningún momento se le reconoce como el Verbo encarnado, ni se alude a su relación con Dios-Padre. Esto es lo que le lleva a rechazar el mundo, que considera depravado *ab initio*. Cfr. GUARDINI, Romano, *El Universo religioso de Dostoieski*, *Op. Cit.* pp. 127- 137. Especialmente clarificadoras resultan estas palabras: «la figura de Cristo del poema del Gran Inquisidor, empero, no está en relación con el mundo. Tampoco está en una relación esencial respecto del Padre y Creador. No es El el Verbo en el que el mundo ha sido creado y por la encarnación del cual el mundo nace de nuevo, se transforma (...) Es éste un Cristo desvinculado, un Cristo solo en sí mismo» p. 133.

¹⁸ DOSTOIESKI, *Op. cit.*, p. 413.

¹⁹ *Ibidem*, p. 417.

²⁰ Así pues, el gran inquisidor es una especie de Protector desengañado de la humanidad, al estilo de los «héroes» que aparecen en obras como *San Manuel Bueno, Mártir*, de D. Miguel de Unamuno, o *El Nombre de la Rosa*, de Umberto Ecco. En todos ellos la condición de su heroísmo radica en su falta de fe. Como dice Aliosha: –«Tu inquisidor no cree en Dios, ¡ese es el gran secreto suyo!», DOSTOIESKI, *Op. cit.*, p. 420.

²¹ DOSTOIESKI, *Op. Cit.* p. 377.

²² DOSTOIESKI, *Op. Cit.* p. 422.

²³ *Ibidem*, pp. 414-415.

²⁴ Cfr. *Apocalipsis* 13, 14 y 15. El atrevimiento que el gran inquisidor manifiesta es notable; en un determinado momento afirma: «Nosotros montaremos sobre la bestia y elevaremos hacia el cielo una copa en la que habremos escrito: «¡Misterio!». Así se identifica a sí mismo y a los restantes «mártires» con la gran ramera que aparece montada en el Apocalipsis sobre la bestia, con la que han fornicado todos los reyes de la tierra. De modo que se puede entender que están dispuestos a pagar cualquier precio a cambio del poder.

Ahora bien, según el Apocalipsis en las copas se contiene el furor de la justicia que se derrama en castigos sobre la tierra y, contradictoriamente, el gran inquisidor considera que sólo cuando se alce la copa «llegará para la gente el reino de la paz y de la felicidad». DOSTOIESKI, *Op. Cit.* p. 415.

²⁵ DOSTOIESKI, *Op. Cit.* pp. 335-337.

²⁶ Cfr.: GUARDINI, *Op. cit.*, pp. 121-138.

²⁷ DOSTOIESKY *Op. Cit.*, *Ibidem*, pp. 408-409.

²⁸ *Ibidem*, p. 409.

²⁹ *Ibidem*, p. 410.

³⁰ *Ibidem*, p. 409.

³¹ *Ibidem*, p. 383. Son muchos los filósofos y pensadores que en los últimos siglos han considerado a Dios como una creación humana. Así, por ejemplo Nietzsche considera que es expresión de la necesidad de «redención» experimentada por el hombre: «El cristiano, la especie de hombre más ingenua y más atrasada, busca el origen de la esperanza, de la tranquilidad, el sentimiento de «redención» es una inspiración psicológica de Dios». NIETZSCHE, *La Voluntad de Dominio*, libro 2º: «Crítica, de los Supremos valores históricos» n° 1 «Crítica de la Religión», Aguilar, Buenos Aires, 1962, 5ª ed., p. 67.

³² Cfr.: DOSTOIESKI, *Op. Cit.*, p.410.

³³ *Ibidem*.

³⁴ *Ibidem*, p. 408.

³⁵ *Ibidem*, p. 387.

³⁶ *Génesis*, 3, 5-6.

³⁷ *Ibidem*, 7-8.

³⁸ DOSTOIESKI, *Op. Cit.* p. 410.

³⁹ *Génesis*, 1, 26-27.

⁴⁰ Cfr.: *Concilio Vaticano II*, Constitución «*Gaudium et Spes*» y Juan Pablo II, «*Redemptor Hominis*»

⁴¹ *Juan*, 7, 33-34.